

ORACIÓN PRIMERA PRONUNCIADA EL 18 DE OCTUBRE DE 1669

G. Vico

Que el conocimiento de sí mismo es para cada uno de máxima incitación para recorrer brevemente todo el círculo del saber

Muchas cosas, en efecto, han sido sabiamente halladas y establecidas por nuestros antepasados, por cuyo medio esta comunidad, fundada para vivir bien y felizmente, se regula. Pero nada, justamente, más preclaro que, como nos hubiesen establecido este día para reiniciar íntegramente cada año la práctica de los estudios interrumpida por las vacaciones estivales, quisieron que se inaugurase con un discurso en el que se exhortase a los jóvenes a retomar con ánimo alegre las tareas. Como haya sido establecido por la naturaleza que los hombres sean proclives al ocio en vez de al trabajo, y a evitar lo arduo y perseguir lo fácil, la situación pedía, o más bien exigía, que con algún discurso se les exhortase al estudio de las artes liberales y de las ciencias, que no se adquieren sino con el máximo esfuerzo del alma, con los mayores insomnios y sudores, con obstinada asiduidad y aguda diligencia. Así pues, todos los frutos de una comunidad apacible, que en gran parte radican en el cultivo de tales estudios, todos, digo, están contenidos en esta utilísimas institución, como los árboles en las semillas. Además el ingenio de este siglo es tal, y la fortuna de las letras, máxime en esta comunidad, que desde la más tierna infancia los hombres son poseídos por un admirable e increíble amor a las letras; y no aspiran sólo a una vulgar erudición de nivel medio para aparentar, sino que tienden a adquirir con estudio y disciplina un conocimiento más elevado y profundo, más vario y plural. Estaba reflexionando sobre esto cuando, hace pocos días, me llegó el encargo del rector, en cuyas manos y bajo cuyo poder está esta institución; aunque podía rechazarlo, ya que no me fue comunicado con la suficiente antelación y según la norma, acepté asumirlo de buen grado, pensando que no era nada arduo, ni laborioso, ni difícil. Creía que sería fácil conseguir, incluso a un hombre no elocuente y mudo, impulsar con un discurso hacia el estudio de las buenas letras a jóvenes que habían venido hasta aquí tan dispuestos a escuchar, que en aquellas cosas que desean en absoluto guardan la medida y muestran cierta laudable intemperancia de ánimo. Pero,

en verdad, el grandísimo deseo de complacer a aquel hombre excelentísimo me persuadió y condujo hasta esta situación con una reflexión ciertamente a la ligera; después, en efecto, estos mismos momentos del razonamiento por el recto camino del juicio me parecieron no sólo no aconsejarme, sino desviarme de mi proyecto. Puesto que vosotros, jóvenes de noble linaje, no sois de aquellos a los que convenga y sea justo guiar hacia el amor a la sabiduría con estos argumentos, ya que dirigís vuestro espíritu hacia aquellas artes, en las que, si alguien persigue la utilidad, nada más fructífero, nada más placentero y delicado, si busca el placer, nada más ilustre, si el esplendor y la fama, nada más ilustre ni más firme y estable, si se quiere preservar la inmortalidad del nombre. Estos razonamientos ya los trajisteis con vosotros a esta casa y pensáis que son comunes y obvios para cualquiera. Esperáis que hoy os diga algo más elevado, sobre todo porque no tenéis en vuestro pecho un ánimo tan pusilánime que sólo se deleite con un único tipo de doctrina, y que soporte ceñirse a él solo. Tan grande es vuestro deseo-permítaseme decirlo- de saber, que, ante todo, a nadie tenéis por erudito si no se halla muy versado en todo el conjunto del saber, y que no haya disciplina alguna que no sepa a la perfección y que de tal modo la domine, que parezca haberle dedicado toda su vida. ¿Qué aportaré, pues, oyentes, digno de vuestra esperanza, que llene los ánimos de vuestra generosa juventud, y que, sin embargo, no esté por debajo de vuestras esperanzas y de la dignidad de aquéllos? ¿Qué, digno de este sagrario de la sabiduría? ¿Qué, digno de este lugar, tan noble y tan adornado para los discursos, al que ahora, por primera vez y no habituado aún, llevo? Esta numerosa asamblea vuestra, esta apretadísima corona, esta suma alegría de todos vosotros, expresada en vuestros rostros y miradas, a mí, perplejo, me excita y no sólo me reanima y da fuerza, sino que me impulsa y eleva hacia cosas tan altas, que os propondré un argumento con el que cada uno de vosotros reconocerá ser, bastante y sobradamente, capaz de abarcar tanto el reino de las bellas artes como el de las ciencias, no sólo uno, en breve tiempo. La esfera, por así decir, de este argumento gira sobre este eje y gozne: *el conocimiento de sí es para cada uno de gran ayuda para recorrer brevemente el círculo entero del saber*. Vosotros, pues, flor y retoño de la ingenua juventud, a los que principalmente dirijo mi discurso, haced esto y tenedlo presente en vuestro ánimo; teniendo confianza en vuestra benignidad, espero lograr que este día parezca ofrecerme a mí el fruto de la acción más bella y a vosotros el (fruto) de un ingente beneficio. Entre los muchos y muy sabios preceptos que se exaltan, para regular el placer de la vida, en todas partes, sin limitaciones, y todo él a tal fin hecho, parece lo que, reunido en dos palabras, la antigüedad consagró en el templo de Apolo, en Delfos: «conócete a ti mismo», máxima, en efecto, repleta y colmada de tan gran alabanza, que, aunque la mayoría la atribuya a Pitágoras, muchos a Tales de Mileto, otros a Bías, otros a Quilón el espartano, todos pensáis, con el voto de casi todos, que es la cumbre de la sabiduría; sin embargo, con tan apretada brevedad de palabras contiene tanta abundancia de buen fruto, que nada más le ha sido añadido por cualquiera de los sabios, y por el más grande consenso se atribuye al oráculo de Delfos. Y no sería tan grande la celebridad de este dicho si, como comúnmente se opina, fuese pensado para moderar la exaltación del ánimo y para suavizar la soberbia humana, cuando las pruebas de la debilidad y miseria humanas se ofrecen en número muy elevado, casi infinito, por doquier.

Adelántase el más elocuente de los sabios, el más sabio de los oradores, Cicerón, y con su celestialísima voz explicará la fuerza de la sentencia: «conócete a ti mismo» significa conoce

tu espíritu. El cuerpo, en efecto, es como un vaso o algún receptáculo del alma; cuanto por tu ánimo se hace, por ti se hace. Conocer éste, a no ser que sea divino, no es el precepto de la mente más aguda, de modo que se atribuyó a Dios». Tulio es suficiente para que nosotros entendamos que este sapientísimo dicho mira, más bien, a que los hombres, cuyos divinos ingenios el temor dirige en la tierra, y la desconfianza en sí oprime, la desesperación en grandes cosas destruye, se dirijan y se encaminen hacia las cosas grandes y sublimes, a las que son iguales y se someten. Conócete a ti mismo, joven, hecho para la sabiduría, si quieres alcanzarla.

Pero dirás: gran esfuerzo del ingenio es apartar la mente de los sentidos y separar el pensamiento de la costumbre. Sea así: pero de los grandes esfuerzos suelen derivarse grandes éxitos. Concéntrate en ti y conócete a ti mismo y reconocerás cuán egregio, cuán eximio, cuán noble es, a no ser que a ti mismo te engañes. Pero la inteligencia de la mente, que penetra todas las cosas, al intuirse a sí misma se embota. Por ello reconoces la divinidad de tu ánimo y conoces que es una imagen de Dios Optimo Máximo. En efecto, Dios es conocido por medio de aquellas cosas que han sido creadas y que se contienen en el universo; de igual modo que se percibe que el ánimo es divino por la razón, en la que sobrepasa lo demás por la sagacidad y el movimiento, por la memoria y el ingenio. El ánimo es una clara imagen de Dios. Tal como está Dios en el mundo, tal está el ánimo en el cuerpo. Ambos actúan separados de toda concreción, puros, sin mezcla corporal. Igual que Dios en el mundo, el ánimo está presente en todas las partes del cuerpo, y no está atrapado en alguna en concreto. Dios, en efecto, mueve las estrellas en el éter, en el aire dispara los rayos, en el mar desencadena las tormentas, en la tierra, finalmente, produce todas las cosas; ni el cielo, ni la tierra, ni el mar son las sedes circunscriptas de Dios. La mente humana oye en el oído, ve en los ojos, se irrita en el pecho, ríe en el bazo, conoce en el corazón, entiende en el cerebro, y no tiene en ninguna parte del cuerpo su asiento definido. Dios abarca y dirige todas las cosas, y fuera de Dios, nada: el ánimo, para decirlo con Salustio, «es rector del género humano, él mismo hace y tiene todas las cosas, y él no es poseído por ninguna». Dios está en actividad perpetua; el ánimo también está actuando siempre. El mundo vive porque existe Dios; aunque el mundo perezca, Dios aún existirá: el cuerpo tiene sensaciones porque el ánimo está presente; aunque el cuerpo perezca, el ánimo es inmortal. Dios es, finalmente, el artífice de la naturaleza: el ánimo, si es lícito decirlo, es el dios de las artes. ¡Oh superioridad singular del ánimo, que, a no ser por medio de la semejanza con Dios Optimo Máximo, no puede ser explicado apropiada y convenientemente! Habéis conocido la semejanza del ánimo, habéis conocido su naturaleza. Es una cierta capacidad divina de pensar, cuya celeridad es tan grande, Dios inmortal. ¡Qué variados, diversos y múltiples son sus movimientos! ¡Ojalá mi Minerva pudiese representar un tipo de discursos tan denso y múltiple, que pudiese describir las virtudes del ánimo, con las palabras, como vosotros con el pensamiento! Yo sólo apuntaré hacia ellas con el dedo: vosotros juzgad acerca de su grandeza.

En primer lugar, qué sea aquello por lo que en un único y mismo instante de tiempo comprendemos por los sentidos, como mensajeros, cosas muy diversas; y en cada género, un acérrimo juez, el ánimo, advierte tantas y tan variadas diferencias, que, cuantas más conozca, tanto menos puede aportar.

¿Qué lengua tuvo jamás tanta variedad de vocablos que designase a cada uno de los colores con palabras propias?, ¿que haya podido distinguir todos los sabores con su peculiaridad

propia?, ¿que no haya designado todos los olores con pocas e incluso extrañas palabras? Aquella capacidad de concebir las imágenes de los cuerpos, que se llama fantasía, mientras genera y procesa nuevas formas, demuestra y asegura la divinidad de su origen. Esta imaginó los dioses y los pueblos más grandes y los más pequeños, imaginó los héroes; ésta ya cambia las formas de las cosas, ya las une, ya las separa; ésta las cosas más remotas trae ante los ojos, abraza las separadas, supera las inaccesibles, descubre las secretas, abre una senda a través de lugares impracticables ¡y con cuánta y cuán increíble velocidad! ¿Dices la tierra de Magallanes?, ya la has recorrido; ¿Dices Nueva Zelanda?, ya estas allí. ¿Dices el Océano?, ya lo estás cruzando a nado. ¿Dices el cielo?, ya, por decirlo con el poeta, has sobrepasado los «confines del mundo». Nos maravillamos de los recorridos del sol, que en ellos emplea veinticuatro horas, mientras hay gentes que se quejan y reclaman noches de un mes.

Pero estas son las cosas menores que pueden decirse de la fuerza divina de la mente humana. En efecto, ¡qué aguda es aquella facultad de percibir!, ¡qué habilidosa la facultad de componer y dividir (de juzgar)!, ¡qué rápida es la facultad de argumentar! Cuando pronuncio la metáfora que tanto alaba Aristóteles, y a la copa de vino llamo «escudo de Baco», cuántos y cuán rápidos movimientos en cada uno de vosotros se producen más rápidamente que mi palabra.

Ve, en efecto, cada uno de vosotros, de una parte a Marte, de otra a Baco; después, de un lado, el escudo, de otro, la copa. Después, inmediatamente, une a Marte con el escudo, a Baco con la copa y ve claramente a Marte armado con el escudo, ve a Baco llevando la copa; entonces reúne cada cosa según su región, a Marte y Baco en la celeste y el escudo y la copa en la terrestre; a partir de allí, recorriendo todos los lugares de la tierra, se encarga del fin de las causas y considera los diversos usos tanto del escudo como de la copa, el de aquél, hostigar a los enemigos, el de éste apagar la sed; además continuamente une las imágenes, porque Marte utiliza el escudo como Baco la copa; y además reúne las figuras del escudo y de la copa y se da cuenta de que ambas pertenecen al género de las cosas redondas. A partir de aquí, la mente procede transversalmente y cruza estas cuatro imágenes; y se representa, primero, la copa al lado izquierdo de Marte, y después, sobre la derecha el escudo a Baco, para que reconozca finalmente que el escudo es la copa de Marte y la copa el escudo de Baco.

¡Oh, qué poco dignamente has disertado hasta ahora sobre los movimientos del ánimo, filósofo, tú, que cuentas este trabajo de la mente entre sus primeras percepciones, cuando tantas y tan diversas operaciones y razonamientos parecen estar en él! Pero tan grande es la fuerza con que la mente compone las cosas entre sí o, viceversa, las separa, que, con cuánta destreza está dotada no puede ser expuesto ni por el orador más elocuente, ni por supuesto por mí.

¿Qué es aquello por lo que con una sola mirada vemos en las cosas la fealdad o la deformidad, sino el hecho de que instantáneamente viendo y contemplando todos los miembros del cuerpo humano los combinamos y ordenamos entre sí y de todos observamos la simetría y la aptitud, y lo que está en armonía y lo que es extraño, y lo que falta o sobra; de tal manera que cuantas sean las partes del cuerpo (y son casi infinitas) tantos serán en un solo instante los juicios formados?

¿Qué, asimismo, aquello por lo que tan pronto como el ánimo alcanza la edad en que puede usar la razón, en ella inmediatamente surge la religión de Dios Optimo Máximo? ¿Qué? Aprendió a conocerse a sí mismo. Pero la divina filosofía hilvana una larga trabazón y una larga

serie de argumentaciones y explica cómo se encadenan unos a otros los razonamientos con los que el hombre, a duras penas puede decirse, avanza y asciende del conocimiento de sí al de Dios.

Prestad un poco de atención, oyentes, y escuchemos a la filosofía que nos señala y demuestra la divinidad de nuestro ánimo. Aunque la mente vacile y dude de todas las cosas absolutamente, de ningún modo puede dudar de que piensa, pues este mismo dudar es pensamiento. Como, en efecto, no pueda no reconocer que es consciente de su pensamiento, de esa conciencia de que piensa deduce, primero, que es una cosa; pues si no fuese nada, ¿quién pensaría? Después percibe que está en sí presente la noción de una cosa infinita, entonces asume que en la causa debe haber cuanto hay en la cosa que por ella es producida; de aquí, de nuevo, concluye que aquella noción de la cosa infinita proviene de una cosa que es infinita. En este punto reconoce que ella es finita e imperfecta: de donde infiere que aquella noción se la produjo una cosa infinita, de la que ella es una partícula. Explicado esto, asume: que lo que es infinito contiene en sí todas las cosas, sin excluir nada fuera de sí. A partir de aquí, de nuevo comprende que aquella razón le fue producida por la naturaleza más perfecta de todas y añade: «lo más perfecto tiene todas las perfecciones», así pues, no le falta ninguna, y agrega, para concluir: «la perfección es la esencia («sustancia»»). Finalmente concluye: «Existe Dios. Puesto que Dios es todo, es digno de veneración». ¡Oh admirable fuerza de la mente humana, que, dirigida hacia sí misma, nos conduce al conocimiento del sumo bien, Dios Optimo Máximo!

Quizá alguno de vosotros se maravillará y negará, jurando, que él a sus años, mucho menos de niño, haya llegado por esta cadena de razonamientos, por así decir, al conocimiento de Dios. Llegó, llegó, pero sin darse cuenta. Cualquiera de vosotros ve cada día pinturas, pero no ve las innumerables cosas que los pintores observan; todos los días oye músicas y cantos, pero ¡cuántas se le escapan que los expertos perciben! ¿Por qué esto? ¿Por qué? Porque no recibió ayuda del arte de ver o de oír, de la pintura o de música. Cada uno de vosotros, desde niño, prelude un gran filósofo, pero, faltándole la filosofía, no se dio cuenta. Ni ciertamente los filósofos, los historiadores, los oradores, los poetas, que alcanzaron para sí la alabanza eterna de los hombres más sabios, por ninguna otra cosa son tenidos en consideración, sino porque dirigieron su ánimo más directa e intensamente que los otros hacia aquellas cosas que lleva la naturaleza del ánimo. Esta es, como vemos, la velocidad del ánimo que razona, que, como un torbellino de juguete, cuando parece estar parado, es cuando más se mueve.

¿Pero por qué explico una cosa tan importante de modo poco digno aludiendo a los juegos; por qué no comparo al ánimo con el sol, fuente de luces eternas, que, aunque parece estar en reposo, recorre sin embargo itinerarios tan largos? Pero aún admiro más a la memoria, pues ¿qué más admirable y divino que este tesoro abundantísimo de cosas y palabras en la mente humana? Y con qué celeridad, Dios inmortal, nos enriquecemos, de modo que cada dos años, o a lo sumo tres, todas las palabras y cosas, en las que el uso de la vida común se contiene, de memoria las recordamos. Si un lexicógrafo quisiese recogerlas y ordenarlas sería necesario que escribiese amplios volúmenes. ¿Aquellas cosas que nos trajeron utilidad singular y admiración suma o placer a los hombres, no las atribuyeron, los paganos, ignorantes de sí mismos, a los dioses, o creyeron que eran dones suyos? Las leyes, porque se conserva por ellas la vida social, fueron consideradas por Demóstenes como un «Don de los dioses», pero ellas fueron un don de un ánimo humano similar al vuestro. Se dice que Sócrates bajó del cielo la filosofía moral,

pero más bien aquél elevó su ánimo al cielo. Grecia atribuyó la medicina a Apolo, a Mercurio, la elocuencia, pero aquéllos fueron hombres como vosotros. La lira de Orfeo, la nave de Argos, transportada entre las estrellas, confirma con un brillante testimonio que vuestras mentes son celestes. Y, para resumir brevemente todo este asunto, todos los dioses que la antigüedad pintó en el cielo por haber aportado algún beneficio a la sociedad humana, sois vosotros. ¡Oh admirable conocimiento de sí mismo, cuán alto nos elevas y conduces! Para todos y cada uno de vosotros, oyentes, el propio ánimo es como un dios: una facultad divina es aquella que ve, que oye, que produce las formas de las cosas, divina la que percibe, la que juzga, la que reúne, la que recuerda. Ver, oír, hablar, comparar, inferir, recordar, son de naturaleza divina. La sagacidad, la perspicacia, la habilidad, la capacidad, el ingenio, la velocidad, son cosas admirables, grandes, divinas.

Siendo esto así, y teniendo por naturaleza los hombres tantas y tan grandes y excelentes ayudas para procurarse la sabiduría, ¿qué es lo que les retarda y aparta de los bellísimos estudios de las letras? Suele ser mayor mi admiración porque, primero, es propia del hombre la investigación de la verdad, y por su causa deseamos ver algo, oír o aprender, y nos inundamos de placer cuando, respecto de cosas nuevas u ocultas, descubrimos algo cierto y verdadero. La naturaleza nos hizo para la verdad, el ingenio nos cuida, la admiración nos sostiene, de modo que a mí, que atentamente observo, me parece lo más admirable que haya tantos ignorantes. Así como el humo es nocivo para los ojos, la estridencia para el oído, el hedor para las narices, también errar, no saber, ser engañado son enemigos de la mente humana. Los hombres de tal catadura no se convencen, ignoran la fuerza divina del ánimo, no saben en qué pueden sobresalir. Yacen de tal modo abatidos en la ignorancia de las cosas más elevadas, porque nunca intentaron con las facultades del ánimo, como con las otras, lanzarse hacia lo sublime. Otros pueden porque parecen poder;

¿y a nosotros, que podemos, nos parecerá que no podemos? Experimentamos, pues, lo que podemos, y fácilmente comprendemos lo que pudimos. Hagamos salir el conocimiento de tantas y tan grandes cosas incrustadas y grabadas por la primera verdad, que en el ánimo, como fuegucillos sepultados, se ocultan. Y provocaremos el gran incendio de todo el saber. Es conocida, a través de Platón, la historia de aquel muchacho de Sócrates que, respondiendo paso a paso a las preguntas muy conocidas y muy fáciles del filósofo, ignorando absolutamente la geometría, expuso la demostración geométrica del área del cuadrado. Con vosotros están, con vosotros, todas las ciencias, jóvenes, si vosotros os conociéreis a vosotros mismos, ¡oh afortunadísimos! No queda sino que dirijáis vuestro ánimo hacia ellas. ¡Oh ignominia insigne de los disidiosos, no ser sabios! ¿Por qué? Porque no han querido, ya que el que seamos sabios depende sobre todo de la voluntad, de la que cuán grande y cuán admirable es la fuerza y la eficacia lo pregonan los poetas: los cuales, mientras se esfuerzan en captar por medio de la fantasía las cosas grandes y sublimes, a ellas dirigen vehementemente su ánimo, por el que, alienados por el esfuerzo de la voluntad, confían a los versos aquellas cosas que cuando aquel movimiento del alma, igual que un viento, se debilita, creen que son de una mente superior, apenas suyos. Por ello debéis estar seguros de esto: si los ánimos no se disipan entre los placeres y las inclinaciones perversas, no puede suceder que, si se dedican al estudio de la sabiduría, lo que alguna vez fue encontrado y transmitido por los autores egregios no lo conozcan en breve

y con la máxima facilidad posible; por el contrario, si habiéndose aplicado poco o ningún provecho han sacado, o no tuvieron abundancia de maestros, o bien, por culpa de sus instructores, sus ingenios, bien nacidos, se han arruinado. Si pues han tenido maestros y su educación fue adecuada, sin que hayan recorrido todo el círculo del saber, es necesario que hayan sido impulsados al estudio de las ciencias por diferentes motivos y se hayan aplicado a ésta por su utilidad, a aquélla por placer, a aquella otra por su esplendor. Pero está a vuestra disposición una cantidad tal de maestros en esta edad felicísima, que a nadie antes le cupo una más docta y erudita. He aquí cómo se sientan, colocados en fila frente a vosotros, dispuestos a prestaros ayuda y recomendaros y entregaros con sencillez, con método ordenado y buena fe aquellas disciplinas que ellos lograron alcanzar con las más grandes vigiliass y sudores. Estas nobilísimas autoridades con los honores sumos, recompensas sólo en parte a sus estudios, que llevan con increíble prudencia y sabiduría, os alientan a tales estudios para que después vosotros os dediquéis, en las tareas que se os encomienden, a la vida pública. Este gran ocio que nos procura Carlos II, potentísimo rey de España, os invita a recoger los frutos de la paz y de la tranquilidad, que en gran parte están presentes en estas ciencias. Mientras todos los órdenes, por sus estudios y deberes, toda la ciudad, con honor y alabanza sigue a cualquier varón erudito, desea que seáis eruditos en grado sumo. Todo abunda en ejemplos para que estudiéis las ciencias; las cosas todas están llenas de exhortaciones y estímulos y tenéis abundancia de doctísimos maestros, se os ha dado un honorabilísimo lugar para aprender y habéis nacido y habéis sido hechos para lograr todo el saber en breve tiempo. ¿Qué falta entonces? Que queráis.

(Trad. de Marcelino Rodríguez Donís)

* * *